

recordar cuando hacemos algo así como una recapitulación estética y gozamos de los momentos bellos.

En resumen, que a mi juicio, el «cine» tiene su característica propia muy definida que no es precisamente expresar belleza.

Hasta tal punto no es una bella arte que cuando los afanes del director se dirigen a expresar escenas bellas, si lo consiguen ha sido en detrimento de los propios valores cinematográficos.



Durante la proyección de un «film» el espectador está fuera de sí; es después cuando junto al sentimiento de «vergüenza» ya descrito, que se apaga lentamente, el recuerdo reaviva un singular estado de ánimo que no es posible designar sino con la expresión «asombro».

Ha estado por espacio de unas horas en un mundo desconocido en parte y dotado de una fuerza poderosa que coge y no suelta. Ha realizado un viaje que tiene las condiciones aparentes de lo habitual y que, sin embargo, no es lo habitual, sumiéndose en conjunto de cosas muy conocidas y no obstante, renovadas, acuñadas con un cuño nuevo más poderoso. El sentimiento de esta renovación permanece oculto, y tiende a manifestarse como algo mágico promovido por un desconocido taumaturgo al que hubiéramos entregado nuestra alma durante horas. Ahora bien, según el sentido general de nuestra tesis, el espectador cinematográfico ve lo que el mundo ordinario no ve, se ha despertado en él una dormida facultad para percibir los seres en un estrato más profundo. Cuando después de uno de estos raptos cinematográficos el espectador retorna a su mundo normal revive, con una reviviscencia apagada, aquel mundo maravilloso y desea encontrarlo, en vano, en las

